

## MEMORIAS DE LA GUERRA DE 1941

Carlos Alberto López

### NOTA INTRODUCTORIA

Conocemos poco sobre la invasión peruana y la guerra de 1941. La bibliografía que existe fue escrita fundamentalmente por los altos jefes militares y políticos que, más que otra cosa, tenían como objetivo tratar de explicar el desastre o justificar sus actuaciones personales. Sus combatientes narraban episodios en forma oral, pero muy pocos fueron rescatados con garantías de credibilidad. Los documentos que existen en el Ministerio de Defensa con los testimonios de las acciones de los “héroes del 41” tienen escasa confiabilidad, ya que fueron recogidos como requisito para pagarles una pensión mensual, simplemente a base de su declaración y la de testigos, que eran amigos del interesado. Se dice que en un momento había en la lista de los “héroes” pensionados tres veces más nombres de los que en total participaron en las acciones del 41.

No se intentó nunca un rescate sistemático de los testimonios con fines de investigación. Y ahora ya es demasiado tarde. Por ello resulta importante publicar estas “memorias” del sargento Carlos Alberto López, quien narra su experiencia del mes de septiembre de 1941, cuando la unidad a la que estuvo asignado enfrentó a los invasores en la localidad de Panupali en la provincia de El Oro.

Como se sabe, el 23 de julio de 1942 el ejército peruano atacó varios puestos fronterizos ecuatorianos en la frontera sur, defendida por escasas tropas ecuatorianas, mal armadas y desorganizadas. Pese a ello, los invasores no lograron sino penetrar unos pocos kilómetros. El 26, la acción de varios países mediadores logró que se dé un “cese de hostilidades”, que el Ecuador respetó. Pero los mandos peruanos no lo acataron y lo aprovecharon para seguir atacando y avanzando. El 31 de julio se logró otra vez cesar las hos-

tilidades y el compromiso de los países mediadores de enviar misiones para separar las fuerzas. Pero aún bajo estas circunstancias, las operaciones bélicas continuaron y las tropas peruanas siguieron ocupando territorios en El Oro, Loja y el Oriente. En octubre se firmó el llamado “Acuerdo de Talara” y solo así terminaron las acciones militares.

La población de Panupali, en el cantón Piñas (El Oro), fue ocupada por los peruanos el 7 de septiembre, luego de que la víspera fueron rechazados en Platanillos por las tropas ecuatorianas. Pocos días después, el 18 de septiembre, la acción combinada en que se destacó una treintena de miembros del Grupo de Caballería Febres Cordero, permitió el desalojo de las tropas invasoras de Panupali. A este hecho se refiere el testimonio del sargento López, que aquí se recoge. Esta versión indica que el papel de la Caballería Febres Cordero fue de menor impacto y que también participó la segunda compañía del Batallón Tulcán, al que el narrador pertenecía.

El testimonio de López fue proporcionado a *Procesos* por su hijo, Marco R. López, quien creyó que la narración de su padre debía ser publicada. Se trata de dos textos manuscritos. El primero, de diez páginas, es una relación manuscrita original del sargento Carlos López sobre sus experiencias en la guerra de 1941, en especial del combate Panupali-Platanillos. El segundo, de tres páginas, es un “Informe de la Guerra del 41”, en realidad, un resumen del mismo tema, también original del sargento López, escrito poco antes de su muerte. Ambos textos están escritos en forma coloquial, con una ortografía muy deficiente. El estilo de ambos documentos es realmente el mismo. Esto hace presumir su autenticidad, corroborada por el señor Marco López. Aunque se refieren al mismo tema, no son secuenciales, fueron escritas con años de diferencia. Se los transcribe aquí sin alteraciones, pero con un ajuste ortográfico.

Carlos Alberto López fue otavaleño. Nació en 1919 y se enroló en el ejército desde muy joven. Se casó con Delia María Orquera, de Ibarra. Ascendió en el ejército desde soldado. Se retiró de Sargento Primero, a los 15 años de servicio. En una de las administraciones de Velasco Ibarra se le designó guarda de aduanas. Luego trabajó como guardia de seguridad, hasta que se jubiló. Participó como dirigente de los militares retirados. Se calificó como ex combatiente del 41 y recibió la pensión correspondiente. Murió en Quito, el 5 de noviembre de 1998. Dejó escritos sus testimonios de la guerra con la esperanza de que fueran publicados. Al insertarlos en este número de *Procesos* hemos cumplido su deseo.

*Enrique Ayala Mora*

## TRASCRIPCIÓN

### RELACIÓN DEL COMBATE PANUPALI-PLATANILLOS

Yo, ex sargento del Ejército Ecuatoriano, Carlos López, después de licenciarme de conscripto del Batallón de Infantería Tungurahua en Ibarra, decidí darme de alta de soldado en el Batallón de Infantería Carchi No. 10. Con fecha 12 de agosto de 1940 salió en la Orden General mi alta en calidad de soldado.

En medio de hombres maduros, conocedores de la vida y de las guerras, conversaban sus hazañas, sus tragedias en los golpes de Estado, cuando las unidades, unas gritaban a favor de la dictadura y otras a favor de la Constitución. Todas estas conversas significaban para ellos una hazaña, un regocijo; mientras para mí significaba una resignación más, que debía enfrentar en cualquier momento. De esta situación de vida, en el devenir del tiempo, me fui acostumbrando.



Foto 1. Sargento Carlos Alberto López, con uniforme del ejército.

En ese entonces había la institución de los Carabineros, lo que hoy es la Policía Nacional de Tránsito. Con esta Institución teníamos nuevos roces, ya que a ellos trataban de armarles como al ejército. Esta fue orden del Presidente de la República, en ese entonces Carlos Arroyo del Río.

Por los meses de mayo y junio de 1941 comenzaban los rumores que los peruanos combaten con las tropas ecuatorianas en la frontera, y en el mes de julio en los primeros días hubo una orden que decía que se incorporen los ex conscriptos, los ex soldados. A todos los que han sido clases, serán devueltos sus grados.

Fue así que al Batallón Carchi No. 10 nos dividieron. La mitad fuimos a formar el Batallón Tulcán No. 9. En este ascendí a Cabo 2o. Para esto, la mayor parte fue gente civil incorporada, con que se forma el Batallón Tulcán No. 9, acantonado en el Sanatorio; hoy Hospital Militar. El día anterior y la noche entraba gente que decían ser ex militares. A estas unidades los incorporaron a un grupo de oficiales carabineros, los cuales fueron a diferentes compañías y pelotones.

Salimos a la frontera por la mañana, habiendo salido el día anterior al Batallón Carchi. Salimos desfilando con la Banda de Guerra y la Banda de soplo. Para esto, en la estación del tren nos estaban esperando el jefe de zona coronel Borja y otros oficiales superiores. Una vez que llegamos a la estación, ordenaron que por compañías entren a los vagones, mientras otros repartos ocuparon la cubierta de los vagones.

Mientras se procedía a la organización y se recibía órdenes del jefe de nuestra unidad, no dejaban de impresionar los lamentos, gritos que los hacían las madres, hijos, esposas y amistades. En este lapso de tiempo la banda de músicos tocaba música que acentuaba el dolor por la despedida de sus seres queridos que quizá no vuelvan a verles.

Al fin pitó el tren varias veces. Había orden de salida. Seguía la ruta el tren y en cada recinto, pueblo o ciudad nos recibían con aplausos, con los pañuelos en alto. Algunos nos botaban flores. Como también lloros, esto no dejaba de impresionarnos con una tristeza y amargura. Pero por el pundonor de sentirnos soldados ecuatorianos, y la causa que estábamos encomendados de defender nuestro territorio, mi corazón se llenaba de júbilo al ofrendar mi vida en defensa de mi Patria y de mi familia. Durante el trayecto hasta llegar a Durán se botaban los soldados del tren en marcha, desertándose. Esto era ya que muchos voluntarios entraban como inconscientes borrachos, se despertaban y se veían que estaban uniformados. Entonces lloraban acordándose de su esposa, de sus hijos.

Una vez llegado a Durán dieron orden de embarcarse en el barco que se encontraba listo. Seguimos el viaje por la noche y al día siguiente llegamos a Puerto Bolívar. Todo se hacía con urgencia ya que nuestras tropas en la frontera eran atacadas con todas las fuerzas, en armas y en número de hombres. Según las naciones que intervinieran, daban a conocer que el combate era muy desigual y que el Ecuador estaba perdiendo como contra diez.

Nos embarcamos en el tren hasta llegar a Arenillas, pues en este lugar hicimos un descanso para tomar rancho. Pero a eso de las 13h00, en el momento tomábamos el rancho, hubo orden de armarse y equiparse y seguir adelante, ya que los peruanos seguían invadiendo territorio ecuatoriano y se encontraban muy cerca.

Salimos de Arenillas a Piedras y de Piedras a Panupali, en donde comenzó a oscurecer y la marcha comenzaba con mucha dificultad, ya que el camino a seguir era de herradura. Entonces teníamos que seguir en columna de hileras, mientras en nuestra mente teníamos presente a qué hora teníamos una descarga de fuego y nos matan a todos. Era la noche y que esto al suceder hubiéramos sido una unidad suicida. Es por esto: primero, porque no conocíamos el terreno a dónde seguir. Segundo, la falta de

seguridad adelantada y como también a los flancos, carecíamos de medios de enlace.

La segunda Compañía del Batallón Tulcán era comandada por el capitán Naranjo, quien tenía orden de llegar a Buenaventura, en la provincia de El Oro, a 20 km de Piñas, en la casa del Sr. Pancho Carrión. Este lugar constituía un lugar “estratégico” para taponar la entrada de las tropas peruanas, que para ese entonces se tomaban Santa Rosa, Arenillas y todos los puestos de frontera.

Organizado el servicio de seguridad era el siguiente: la garganta a un kilómetro de Buenaventura Cuartel General en donde se encontraba la 2a Compañía. Allí hacían el servicio un cabo, dos soldados con una ametralladora ZB y 2 soldados de enlace entre los centinelas de la garganta y el distrito de Buenaventura. Otro puesto fue el puente las curvas, en donde las novedades se las transmitía por teléfono de manivela. Seguían los días y pasaban los refugiados, hombres, mujeres, niños, ancianos, llorosos, hambrientos, enfermos y golpeados, ya que esta gente salía dejando todas sus pertenencias. Esto lo hacían por sentirse ecuatorianos y no ser peruanófilos.

Otro puesto de control fue en Moros. En todos estos puestos habían hombres patrullando. Mientras salían los refugiados, nosotros en Buenaventura les facilitábamos la comida y más aún las curaciones. Yo fui dado el pase a Cuevas en donde tuve que comer cosas desconocidas del monte, como el mono, por falta de víveres. Al mismo tiempo se podía oír el ruido de los disparos de morteros, artillería, fusilería y los bombardeos. En pocos días tuve orden que baje a incorporarme al pelotón que iba comandando el teniente Yanes. Me ordenaron que vaya llevando una mula de municiones. Una vez que llegamos al Placer se organizó el servicio de seguridad. Para esto ya no pasaba por este lugar gente particular. Ya para ese entonces los peruanos se encontraban en Panupali.

En forma sorprendente, la mejor Caballería peruana No. 5 se encontraba en Panupali, haciendo preparativos para avanzar por Buenaventura. Según las declaraciones de los refugiados, informaban que los peruanos decían que en Piñas desayunaban, almorzaban en Loja y merendaban en Cuenca. Mientras seguían los peruanos sus preparativos, nuestros hombres en forma heroica les robaron los caballos. En esta comisión fui nombrado para reforzar la seguridad de la conducción de la Caballería hasta Buenaventura.

Llegamos a este lugar con suerte y mientras los peruanos ya no podían movilizarse por falta de acémilas, en cambio los oficiales del Febres que se encontraban en Buenaventura, procedían a elegirse los caballos que les gustaba, preocupados de esto primero.

Para ese entonces nosotros ya no teníamos Comandante de la Compañía que esté al frente de todo, ya que el capitán Naranjo que era, había sido arrestado por orden superior en Zaruma. Esto haya sido debido a que las asignaciones del rancho que enviaban, él se las llevaba y esperaba que nos regalen los moradores del sector los víveres para darnos de comer. Yo y un soldado Orquera fuimos nombrados para irnos a Moromero, Palosolo para pedir que nos regalen yuca, papa china y panela. Esto lo hacíamos en una mula coja. A esto hay que indicar que la Compañía Minera de Portobelo nos enviaba víveres, cigarrillos nacionales y extranjeros. Por los moscos que habían nos repartían los mazos de cigarrillos que contenían 8 y lo demás dizque vendían. La ropa se encontraba muy rota. Nosotros mismos teníamos que lavar y coser. Jabón nos regalaba la Compañía.

Mientras en otro punto el personal seguía enfermándose con el paludismo, nosotros teníamos que hacer doble servicio. Y para nuestra mala suerte, en este lugar siempre se encontraba lloviendo y con la neblina permanente. Pero al mismo tiempo damos gracias a Dios, que hacía que soportemos aguas y neblina; ya que por este obstáculo no pudieron los peruanos bombardearnos. Vinieron a incursionar pero, por la neblina, no pudieron localizar el distrito.

Por disposición del Ministerio de Defensa Nacional, según se dijo, el subteniente Meneses, reconocido por muchas cualidades brillantes, vino como jefe. Era un conductor de tropas frente al enemigo. Durante mucho tiempo había militando en el Batallón Montecristi. Después que observaron en la persona del teniente Meneses valentía, inteligencia, convicción y compromiso, se presentó en la Compañía como reemplazo del capitán Naranjo.

A poco tiempo de estar frente a la Compañía, fue designado para que baje con un pelotón al Placer a relevar a la Caballería de a pie. Pero una vez que llegamos, yo fui designado con mi escuadra a ocupar el margen derecho del río Saracay en Platanillos. Los demás hombres ocuparon de lado a lado el camino que conduce a Platanillos. O sea que se encontraban a unos 200 metros de la loma de Platanillos, siendo así distribuidos con un fuego cruzado. El servicio lo hacíamos desde las 13 horas hasta la una de la mañana (santo y seña Calderón). Para esto, los peruanos conocían que nosotros carecíamos de víveres y entonces traman en una noche mandar un toro envenenado y por este proceso trataban matar a las tropas nuestras.

En vista que disponían de armas y hombres, con mucha tranquilidad, como si estuvieran en su casa, empiezan a desfilar para tomar el rancho. Para entonces ya estábamos de acuerdo con la Compañía Febres Cordero, en la que intervinieron los oficiales capitán Oliva, teniente Holguín, teniente Plaza, subteniente Zurita. En este momento se abrió fuego y todo fue una confusión para ellos. Mientras un reparto de la Caballería tomaron la loma del frente al mando del subteniente Zurita, en el combate hubo una confusión, ya que las ametralladoras ZB también las tenían ellos y por esto creíamos que nuestras tropas se encontraban adelante; pero fue mentira. Allí en loma frente a Panupali recibió una ráfaga el cabo Vaca, el sargento Draún y el cabo Sánchez. Esto fue el saldo del combate de Panupali.

Hasta la tarde y la noche fue un silencio, pero al otro día fue una sorpresa al observar que una columna de hombres montados en mulas y con las armas a la espalda se iba acercando. Entonces hubo orden de abrir fuego cuando se encuentren a distancia de tiro preciso y fue así. Abrimos fuego pero de parte de ellos no respondieron. Esto fue a las 14h00 y a las 5h00 nos ordenaron que realicemos el reconocimiento del lugar. En este lugar encontramos el suelo lleno de sangre, en las guruperas sacamos tres mosqueteros, dos cobijas, un sable una caja de municiones de las nuestras y una pierna de puerco cruda. Para ese entonces recogían los cadáveres, borrando así que ellos eran los invasores, ya que los delegados de los gobiernos garantes recorrían y las tropas peruanas abandonaban Panupali.

Todas estas prendas fuimos llevando al Placer para que lo envíen de allí a Zaruma al jefe de frontera. Mientras, mi teniente Meneses recibe orden de salir a Panupali para ver si se encontraban tropas en Panupali. Entonces me ordena que lleve una ametralladora ZB y un cajón de municiones, pero después de caminar unas pocas cuerdas, en una forma violenta, se asoman dos aviones, el uno nos ametralló y los casquillos

cayeron a poca distancia y mientras el otro soltaba bombas. Pero de todo esto nos libramos por milagro, ya que nos encontrábamos en un terreno descubierto y tuve que quedarme parado. La pieza la puse en medio de las piernas, como también el cajón de municiones. Luego de que ya pasaron los aviones salí corriendo al monte que estaba más cerca, y ese momento pude verle a mi teniente Meneses cerca a mí, sano y salvo con la pistola.

Nos quedamos unas horas más, sin que hasta el momento haya ninguna novedad y todo era silencio, ya que seguramente se habían retirado las tropas invasoras. Luego resolví regresarnos al Placer y con sorpresa al llegar vimos que conducían a un prisionero que se había identificado como sargento, capturado en la bóveda del cementerio. Luego fue enviado amarrado, mientras nosotros salimos al otro día. Cuando llegamos a Buenaventura conocimos que en Piñas se encontraban el general Baquero, coronel Mancheno y el coronel Abarca, quienes se decía que estaban preparando el contraataque. Para esta acción solo contaban con unos 900 hombres, ya que muchos se encontraban enfermos. Pero al mismo que hacían los planes, hubo una orden de los gobiernos garantes de cese del fuego y quedaba en zona desmilitarizada las zonas invadidas por los peruanos. Los gobiernos garantes andaban recorriendo.

Tal vez por darnos descanso a las tropas, había orden superior de salir a Loja. Para entonces hacíamos nuestros preparativos para salir a Piñas. Sabíamos que el Batallón Azuay venía a relevarnos. Al fin llegan y nosotros ya estábamos listos. Para esto vinieron carros y gente de Piñas con carros alegóricos. Comités de mujeres, trayendo banderas y flores para hacernos homenajes. También se hicieron presentes autoridades civiles y eclesíásticas de Piñas y Zaruma.

En medio de una caravana de carros llegamos a Piñas. Entre vivas, gritos y la bulla de los pitos de los carros, llegamos a la plaza. Entonces fuimos felicitados por nuestros superiores. Nos ordenaron que allí mismo descansáramos y como estábamos con la ropa desgarrada y sin zapatos, nos daba mucha vergüenza y todos nos quedaban viendo como si fuéramos unos hombres raros. Para esto, el Comité Femenino se había puesto de acuerdo para obsequiarnos ropa interior. A unos nos tocaba pijamas y a otros unos calzoncillos, junto con una panela. Después de recibir ordenaron que nos fuéramos al río para asearnos y cambiarnos de ropa. Allí tuvimos que botar el sucio del cuerpo, la ropa harapienta, los piojos. Al otro día salíamos a Loja al mando del señor teniente Carlos H. Meneses. A los pocos días de estar en Loja, salió en la Orden General mi ascenso a Cabo 1ero. Felicitando por acción de armas frente a las tropas invasoras peruanas.

Desde esa fecha, todos los días en la Orden General salía la baja de 30, 40 y hasta 50 soldados. Unos salían por haberlo solicitado y otros por indisciplinados, mientras otros desertaban; esperando nuevamente que pasen estas novedades, para luego organizar las Compañías. Nuevamente me toca en la 3a. Compañía salir a Buenaventura al mando del capitán Grijalva y de allí pasamos muchas cosas más.



Foto 2. Retrato del sargento Carlos Alberto López.

## RESUMEN DEL COMBATE PANUPALI-PLATANILLOS

Miércoles 17 de septiembre de 1941. Llegan los muertos y heridos de Balao, Tengué y Tendales por los bombarderos peruanos.

7 de septiembre ocupan los peruanos Platanillos y Panupali. La Caballería No. 5 del Perú ocupa Panupali y Platanillos, exploración que manda el Coronel Ureta que se encontraba en Piedras. Los hombres se encontraban para conquistar territorio ecuatoriano.

Las noticias llegaban que los peruanos avanzan y dicen que desayunaban en Piñas, almorzaban en Loja y merendaban en Cuenca. Ante esta noticia escogen al personal del teniente Yanes y bajamos a ponernos frente a los peruanos. Una vez localizados los peruanos en el puesto en que estaban tomando rancho, dio orden el teniente Yanes para que rompan los fuegos. De este modo no hubo contrataque; ya que todos murieron de inmediato. Arreamos a los caballos y los llevamos a Buenaventura.

Para esto ya había llegado la Caballería Febres. Los oficiales eran capitán Oliva, capitán Plaza y subteniente Zurita. Al ver llegar los caballos empezaron a escogerse. A las

7 de la mañana atacan los peruanos a las tropas ecuatorianas con todas las armas y en especial la aviación. Ametrallan y bombardean. A las 5 del mismo día cesan los fogos y procedimos al reconocimiento y encontramos pedazos de cuerpos humanos, cobijas, toldos, carpas, un sable, un cajón de municiones y una pierna de puerco cruda.

Una vez que llega la Caballería a Buenaventura tiene la orden de salir enseguida con dirección a Platanillos. Bajamos un pelotón de hombres de la 3a. Compañía al mando del teniente Humberto Meneses, encargado de la 3a. Compañía en reemplazo del capitán Naranjo, quien nos dejó solos. Desertó y le cogieron en Zaruma.

Una vez que llegamos a Platanillos los señores oficiales ya habían tenido conocimiento que tropas peruanas se encontraban posesionadas en Panupali y Platanillos.

Viernes 19 de septiembre a las 2h45 nos atacan los peruanos. Para esto el personal nos encontrábamos atrincherados en espera que nos ataquen los peruanos. Nuestra acción fue muy brava. Atacamos con todo valor y decisión. Los peruanos fueron replegando hasta reunirse con el grueso de tropas que se encontraban en Piedras. Luego ocupamos Panupali y Platanillos. En esta acción murió un cabo Vaca por una ráfaga que recibió. Un sargento Gracín (¿?) también recibió un disparo en el talón y se internó en la montaña, y le cae gangrena y muere.

El subteniente Zurita en una misión de combate que tenía se pierde frente al cementerio. En búsqueda del oficial cogimos dos peruanos que se encontraban en las covachas del cementerio. Luego fueron llevados amarrados presos para entregarlos en Zaruma ante el coronel Batallas jefe de frontera. Después del combate seguimos atrincherados en espera de nuevos ataques... pero nada y nada.

La aviación no pudo hacer blanco, en vista de que en los sectores que nos encontrábamos había una montaña muy elevada y prolongada, la misma que servía de obstáculo para que la aviación no pueda hacer las picadas para ametrallar y bombardear.

Al medio día del 18 de septiembre de 1941 se produjo el ataque con el siguiente combate con la fuerza peruana. El Regimiento No. 5 de Caballería producida la sorpresa que cobró una treintena de muertos, un sinnúmero de heridos y 7 prisioneros y captura de la caballería, municiones y equipos y más medios de vida de combate. La derrota peruana fue total. Presa del pánico y completo desorden los invasores corrieron hacia Piedras.

Esta situación duró hasta las 5 pm. Nuestras bajas fueron limitadas. De parte de la radio del Perú el enemigo declaró que las bajas que tuvieron de Panupali y Platanillos fueron de 82 muertos, entre heridos y muertos (sic); captura 2 ametralladoras ZB, 1 carabina, 2.400 cartuchos, 3 cascos y 3 caballos y una mula.

